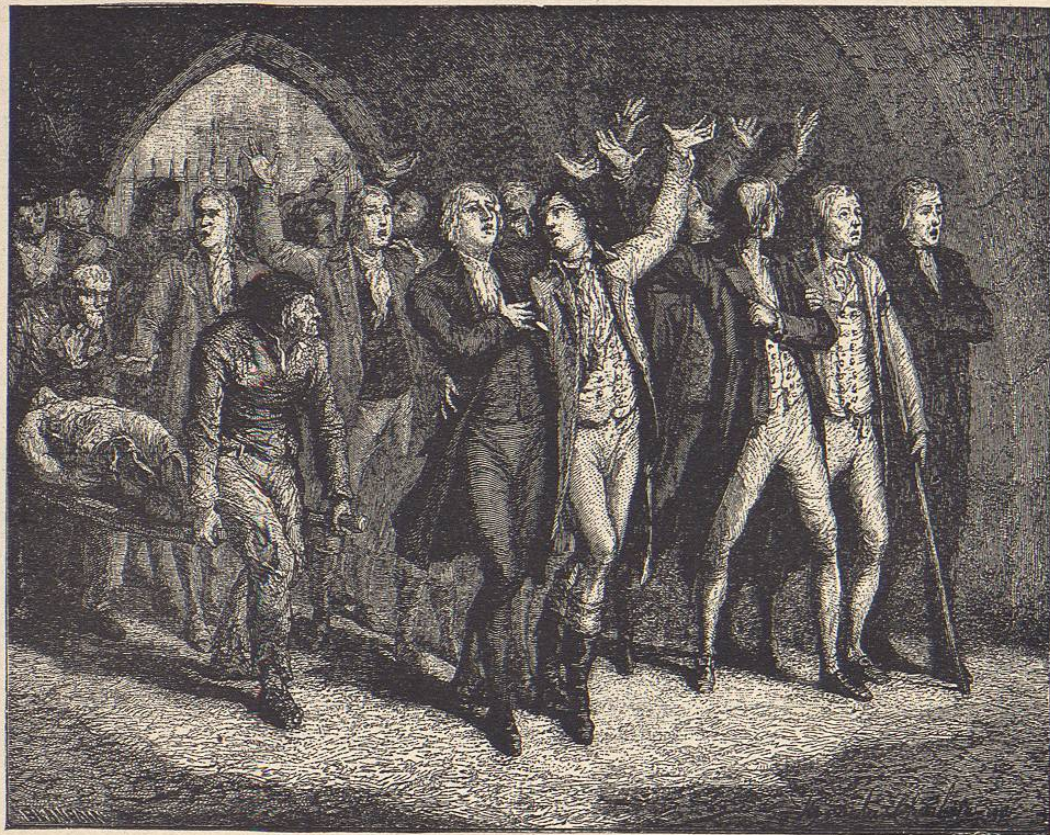


Martinica, resistió la sublevación de los negros, y el haber sido nombrado por esta colonia su representante en la Convención, le hizo volver al servicio. Nombrado general, vino á ilustrarse en breve y gloriosa carrera, pues iba á principiar en Tolon para terminar en Figueras.

En todo sitio el general en jefe del ejército sitiador se confía á los jefes de ingenieros y de artillería.



Los girondinos á la salida del Tribunal Revolucionario

años. Había nacido en Ajaccio (Córcega) en 1769, de una familia italiana oriunda de Toscana, de origen noble, lo que le valió ser admitido en la escuela militar de Brienne en 1779, saliendo de ella en 1785 para ir de segundo teniente á la compañía de artillería que estaba de guarnición en Valence.

La revolución le sorprendió cuando no pensaba más que en amoríos, y no supo tomar desde luego un partido claro, por más que sin vacilar se mostró afecto á las nuevas ideas.

Pero en Córcega que sólo pertenecía á Francia desde el reinado de Luis XV había un fuerte partido separatista y éste en medio de la anarquía revolucionaria alzó la cabeza, apresurándose Buonaparte á denunciarlo en un patriótico manifiesto. Pero falló su padre y tuvo que marchar á la isla en don-

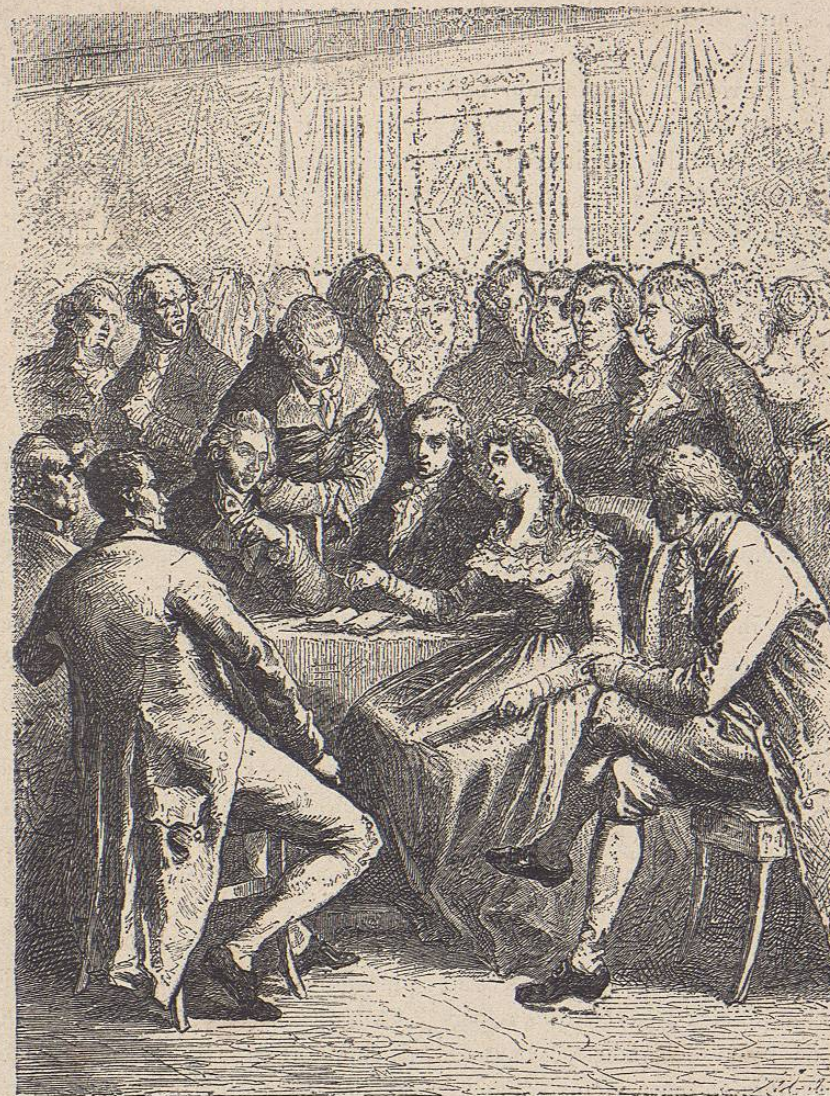
Ante Tolon eran estos Marescot y Buonaparte, que luego se llamó Buonaparte y más tarde Napoleón. Estudiado el plan de ataque y desistiendo en algunos puntos Dugommier y Buonaparte, remitiéronse los dos planes al Comité de salvación pública, en donde los refundió Carnot, no sin señalar en el jefe de artillería una concepción digna de un genio militar.

Este genio sólo contaba á la sazón veinticuatro

timo en Marsella, viviendo en todas partes él y su familia no como querían, sino como podían, y casi siempre mal. Por último, algunas recomendaciones y la falta de oficiales facultativos le hizo nombrar capitán de la artillería del ejército de Cartaux contra los sublevados de Provenza, y cuando se dispo-

nia con igual destino á marchar al ejército que operaba contra el Piamonte, se encontró con su compatriota Salicetti comisario de la Convención quien prendado de su talento le hizo pasar al cuerpo de ejército de Dugommier.

Las operaciones de sitio fueron en un principio



Los girondinos en casa la señora de Roland

lentas, lo que fué motivo de varias quejas por parte de Freron y Barras que decían al Comité de salvación pública que tal vez sería mejor retirarse voluntariamente de Lyon antes que los ingleses los obligasen á hacerlo á la fuerza, pero el comité no hizo caso de sus representantes y Dugommier después de haber rechazado una intrépida salida de los ingleses mandados por su general en jefe O' Hara que le valió dos balazos, pudo disponer el ataque

del fuerte de la Eguillete llave de la defensa de Tolon que había maltratado duramente la artillería de Buonaparte.

Dióse el asalto el día 17 de Diciembre mandando Labarre y Víctor las columnas de ataque, y sin la presencia al pie del gran reducto de los comisarios de la Convención que sable en mano alentaban al asalto, es fácil que no se hubiera podido dominar el taluz de diez y ocho piés que sostenía los caño-



nes que barrían los fosos sembrando el terror y la muerte. Pero la posesión fué al fin tomada y esta presa resolvió la de Tolon.

Dugommier obrando con justicia á Víctor, el hijo de un pobre alguacil alsaciano que había sentado plaza de soldado en artillería, y á quien el antiguo régimen prohibía ser oficial, recibía sobre el campo de batalla la faja de general que también concedía Buonaparte. Más tarde hizo éste á Víctor duque de Bellune.

El almirante Hood corrido y avergonzado por haber perdido la plaza, dió la orden de abandonarla y de quemar el arsenal con tal precipitación que 2.000 españoles que estaban fuera los muros hubieran caído prisioneros sin la energía y seguridad del mayor general José Ago que no sólo mantuvo la retirada sino que fué el último en embarcarse. Así se salvaron los valientes de los regimientos de Córdoba y Mallorca, mientras el almirante Lángara, que había botado al mar todos sus botes para recibir á millares de tolonenses que huían delante de los republicanos vencedores, daba una lección de humanidad á Hood ocupado sólo en hacer que el fuego abrasara á veinte navíos ó fragatas francesas que no se podía llevar.

No era, sin embargo, infundado el terror pánico de los tolonenses pues sabían lo que había ocurrido en Lyon.

Ya hemos dicho como los girondinos habían tenido que abandonar á Lyon por no verse arrastrados por los realistas que se apoderaron del movimiento. Dubois-Crance y Gauthier procuraron mucho tiempo en vano separar la masa de la población de los agitadores, á los que tampoco podían resistir falta de recursos, y así se estaba cuando la exasperación producida por la pérdida de Tolon, decidió al Comité de salvación pública á enviar á los departamentos vecinos de Lyon delegados suyos para que el pueblo se levantara en masa y corriera sobre la ciudad rebelde, pero en la Auvernia todo el mundo era contrario á la Montaña y nadie se movía. Sólo el paralítico Couthon desde su silla de dolor logró en Clermont-Ferrand exaltar á la multitud con su fogosa palabra, y Clermont arrastró con su ejemplo luego á toda la Auvernia.

Reforzado Dubois-Crance abrió el fuego contra Lyon con la artillería que le habían enviado de Grenoble, pero Crance quería reducir á Lyon por hambre, así fué el general Doppet que le substituyó quien dispúsole todo para el asalto que pensaba dar á últimos de Setiembre, en vista de que los piemonteses no acudían á libertar la ciudad, por no haber

querido prestarles el emperador de Austria sus soldados como ya hemos dicho. El ataque lo principió Dubois apoderándose del reducto de Oulim,—23 de Setiembre,—el 29 cayeron en poder del ejército las alturas de Saint-Foi y otras posiciones que abrían la entrada de Lyon, pero la decisión de los lioneses contuvo á los vencedores que esperaron los refuerzos que Couthon traía de Auvernia. Este llegó al campamento el 7 de Octubre y mandó decir á los lioneses «que respetaría las personas y las propiedades de quienes no tuvieran que reprocharse crímenes,» lo que no podía tranquilizar á nadie por su ambigüedad, y terminaba dando veinticuatro horas para que se hiciera la sumisión.

El temor del asalto y la irritación de los patriotas lioneses hizo que se pudiera franquear á Couthon la entrada y en efecto éste al frente del ejército entró el 9 de Octubre, asombrándose todo el mundo de su moderación y de la disciplina de aquellas masas mal regimentadas.

Lo mismo pudieron decir los tolonenses que se quedaron pero luego hubieron de temer por su suerte. El Comité de salvación pública decretó el 12 de Octubre que las casas de los ricos de Lyon serían destruídas, y que sobre las ruínas de Lyon se pondría una inscripción que dijera: «Lyon hizo la guerra á la libertad; Lyon ya no existe,» y además previno que lo que quedara de Lyon formaría en adelante una nueva urbe que se llamaría *Ville franche*. El autor de la inscripción fué Robespierre.

Couthon no se sintió con fuerzas para ejecutar el decreto del comité, y se hizo reemplazar, sus sucesores fueron Collot d' Herbois y Fouche.

Era Collot un actor que se había hecho aplaudir en los teatros de Lyon y á quien exaltaba una imaginación delirante que le hacía creer que estaba en el teatro y no en el mundo real. De una elocuencia declamatoria, se emborrachaba hablando, y emborrachaba á los demás, de suerte que parecía siempre poseído del *delirium tremens* del fanatismo político. Carnot recordábale aún en sus últimos días con horror.

Fouche era el reverso de la medalla, pues éste no se movía sino por cálculo. Era nantés, de inteligente mirada pero repulsivo. Era un descreído. Al vestir la sotana dejó de creer en Dios, y dejó de ser republicano el día que la república le dió importancia. Martín, dice, que entre todos los terroristas no hubo otro de alma más perversa. De este hombre hizo Napoleon su brazo derecho en Francia y es conocido con el título de Duque de Otranto.

Couthon sólo para cumplir lo acordado por el

comité había hecho empezar la demolición de una casa, Collot y Fouche llenaron materialmente á Lyon de ruínas. Con los hombres sucedió lo mismo. Couthon hizo sólo pasar por las armas á los soldados que huyeron en compañía del general Preci jefe de Lyon al apoderarse de la ciudad, y aún cuando instituyó el Tribunal Revolucionario y hubo muchas prisiones no hubo ejecuciones. Collot y Fouche se dieron prisa á vaciar las cárceles, y los fusilamientos en masa y la guillotina en menos de cuatro meses dieron á la tierra 1.682 cadáveres.

En Tolon se quiso entonces imitar lo que se hacía en París, pero la responsabilidad cae sólo sobre Freron y Barras, los demás comisionados se negaron á vengarse. Freron ya lo conocemos, es aquel noble corrompido que vendía su profesión de periodista. Barras, á quien hemos de citar más á menudo que á Freron, era también un noble, un conde, que á la sazón no contaba más que 28 años, y á quien su disoluta vida le hizo imposible la carrera militar que había emprendido habiendo servido en la Isla de Francia y en la India. Revolucionario por cálculo, estuvo en la Bastilla y en las Tullerías el 10 de Agosto, logrando así ponerse á la vista y que su departamento, el Var, le nombrara para la Convención tomando asiento entre los marselleses. Tales fueron los hombres que se jactaban de haber causado en Tolon en poco tiempo más de 800 víctimas.

¿Pero qué vale lo que sucedió en Lyon y Tolon, comparado con lo que pasó en Nantes?

En Nantes Cartaux tuvo que batirse varias veces después de la gloriosa defensa de la ciudad con los vendeanos que no sabían alejarse de sus alrededores, y esto se debía á que Inglaterra había ofrecido su concurso á los vendeanos si pasaban la Loire y se apoderaban de un puerto de mar. Pero Cartaux con su ejército de las Costas de Brest, y ya sabemos lo que era su ejército, no pudo hacer más, y todo era esperarlo del ejército llamado de las Costas de la Rochelle que estaban en Saumur y cuyo general en jefe era Rossignol, un ex-oficial platero, bravo pero sin juicio, que lo echaba todo á perder por aturdido, lo que le hacía ser malo las más de las veces, cuando en su interior no sabía el mismo si obraba bien ó mal. Pero Rossignol era hebertista, y de la misma manera que sus correligionarios le habían hecho general le mantenían ahora en un puesto por el que resultó incapaz. Empero es justo decir que Rossignol no era más que el maniquín de Ronsin literato de bajo vuelo y su jefe de estado mayor. Este era tan inepto como audaz y

malvado, así se emplea en convencer á Rossignol que la única manera de acabar la guerra era cumplir el decreto de la Convención de 1.º de Agosto, y llevarlo todo á sangre y fuego, sólo que Ronsin quería que fueran también asoladas las poblaciones que hubiesen sido vencidas por los vendeanos como por ejemplo Chollet. A esta iniquidad se opusieron Goupilleau y Bourdon de l' Oise y al efecto suspendieron á Rossignol, la cuestión fué á París y Robespierre hizo reintegrar en su puesto á Rossignol — 28 de Agosto — empero se le prohibía que causase el menor daño á los pueblos republicanos como Chollet, Parthenai, etc., que desgraciadamente habían tenido que recibir á sus enemigos.

En esto apareció en la Vendée la valiente guarnición de Maguncia, que no sin grandes cuestiones pudo Cartaux unir á sus tropas, y á estos valientes d' Elbée los declaró fuera de la ley por haber violado la capitulación de Maguncia por la que venían obligados á no tomar parte en la guerra, de modo que los vendeanos se reputaban extranjeros en Francia.

Llevaban los de Maguncia á su frente al defensor de dicha ciudad al valiente Aubert-Dubayet, á Kleber y á los dos representantes Merlin de Thionville y á Rewbell.

Cartaux se puso el 9 de Setiembre en marcha para Mortagne, punto en donde debía reunirse con Rossignol, llevando por delante á las partidas de Charette, logrando al pasar por Lege devolver la libertad á 1.200 prisioneros, para cuando el 16 estaba á siete ú ocho horas de Mortagne, recibió aviso de Rossignol diciéndole que por el estado de su ejército le era imposible acudir al ataque de Mortagne para el día prefijado, por lo que Cartaux tomó posiciones en Sevre Nantaise, Tiffangas y Torfon para esperar la llegada de aquél. Pero Rossignol estaba enfermo y Ronsin se aprovechó para dar orden á las columnas que estaban en movimiento de concentrarse, sólo el polaco Mieczkowski se negó á obedecer, pero no avanzó, de modo que Cartaux se encontró en una posición muy apurada delante de un enemigo que esperaba á pié firme el ataque. Rossignol en cuanto supo lo ocurrido revocó la orden de Ronsin, pero ya era tarde. Los celos de este miserable iban á costar millares de víctimas.

Cartaux y Dubayet comprendieron que no les quedaba más remedio que batirse lo mismo para vencer que para retirarse, y al efecto, lanzaron á Kleber con 2.000 hombres contra Torfon, pero allí se encontró con dos cuerpos de ejército vendeanos que le hubieran aniquilado, si su heroica alma no